



Francia en Pavia, sino como un criminal, como un enemigo de la religión, como un enemigo de la sacra imperial majestad de Carlos V.

Un frío dominio, tan desdoblado como ignorante, llamado Fr. Vicente Valverde, fué el que ocasionó la horrible matanza de Casamarcas. ¿Cómo podrían oír con indiferencia los peruanos que el gran sacerdote de una religión que no era la suya, había regalado el Perú a un monarca cuya existencia ignoraba? ¿Cómo habría de someterse Atahualpa a tan absurdo precepto? ¿Qué habrían hecho Carlos V. y la nación española si el cáliz de Bagdad hubiera dispuesto del trono de las Españas en favor del Sla de Perú?

Es de notar que en la arena dirigida por Valverde al Inca, cuyo asunto principal era la religión cristiana, y uno de sus dos objetos su propagación en aquella tierra; no habló una sola vez de la doctrina moral que esta religión trajo al mundo, para su salvación y ventura, del espíritu de caridad que la anima; de las obligaciones que impone; de los preceptos que incluye; de las virtudes que recomienda, ni los vicios que condene. No habló más que las altísimas e inscrutables misterios que no se adaptan sin los auxilios de la fe, y así los cuales el entendimiento no anuda.

A la incredulidad que sencientes serían los debían escuchar en los ánimos de hombres ignorantes a cuyos oídos llegaban por primera vez, se agregó el singular anuncio de que "padres" que son los sucesores de San Pedro, gobernaron al Jefe humano, y todas las naciones en cualquier parte que viven, y sea la que fuere su religión, y deben obediécte. Un papa claudó a los reyes de España todos estos países para precisar a los infieles y traerlos al seno de la iglesia católica.

Recomendamos a nuestros lectores la vivida y clara narración de la española, que segura a sus insensatas en timaciones. El autor confiesa que puele haber alguna ejercitación en los porvenires del cielo. No los hay por desgracia en la de sus consecuencias.

En medio de esto, es imposible rehusar un tributo de admiración al sublime heroísmo, al imperio de valor, a la indomitable constancia de los españoles. La expedición de Fernando Pizarro, hermano del conquistador a lo interior del Perú, es un hecho que eclipsa los más asombrosos rasgos de intrépidez y valentía que las historias antiguas y modernas han legado a la admiración de la posteridad.

Con veinte jinetes y una docena de escopetas, se aventuró Fernando a penetrar en una región desconocida, en que sabía que existían ejércitos numerosos, y de cuyos habitantes debía tener la ventaja que habían provisto los hechos a que hechos aludía. Hermandó se internó en la cordillera, cruzó ásperos desiertos salió impetuoso torrentes, recibiendo por tales partes una generosa hospitalidad, carísimos obsequios y grandes cantidades de oro.

Apenas hemos hecho mas indicar á la jípica el contenido de las doscientas primeras páginas de la obra, para cuya completa examen no las traeremos, todas las columnas del presente número de *La América*, se resumen, la impresión que produce la lectura de la obra combina la sólida instrucción que se saca de una historia verídica, el interés de una novela llena de interesantes incidentes, y de cuyos ilustres de movimientos y de vida.

El autor posee, no tememos decirlo, el talento de la narración y el de la descripción, en términos de encantar irresistiblemente la atención y la curiosidad del lector.

Y, sin embargo, al cerrar el libro, todo pensador juicio, y especialmente el que lo visitado el teatro de tan maravillosos hechos, no puede desprenderse de un sentimiento de tristeza, al considerar cual podría haber sido la suerte del Perú, si sus primeros vínculos con el mundo antiguo hubiesen fundado en los principios de la verdadera doctrina evangélica, en una política justa y tolerante, en el respeto del derecho de jure, y en las justas y piedad de la filantropía universal, deidades sagrados, que tanto veces han hallado en todas las partes del mundo el fanatismo, la ambición y la ignorancia.

Jose Joaquín de Mora.

El fastidio. Si fuera Ingles, diría que tengo spiem.

Acaso sea una tontería, pero siento algo que se halla fuera de lo que generalmente sucede.

Necesario es, que eso algo tenga un nombre.

Ese nombre es: fastidio.

Hallarse fastidido es hallarse alterado, sin fuerzas, examiné, mirando con dolor el pasado y con miedo el porvenir.—Es el principio de la desesperación.

Es encontrarlo prematuramente en el infarto.

Acabo de decir una mentira, porque indudablemente el infarto debe ser más alegre que esto mundo cuando nos ataca el fastidio. Y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado, en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Dios es el autor de todo lo creado, pero sostengo que este principio reclama necesariamente una excepción.

Propongo que aquella proposición sea sostenida por esta obra:

“Dios es el autor de todo lo creado excepto el fastidio, cuya paternidad corresponde al fastidio y derecho a Satanas.”

“Eso no puede ser porque el fastidio es Satanas.”

“Pero Satanas es obra de Dios, luego...”

“Me detengo, porque si sigue en este camino voy a concluir declarando que Dios es mío, lo que para la filosofía equivale a decir que Dios no existe, y esto me asusta.”

Pido que se me de piente de inventario, acabo de hacer un descubrimiento. He encontrado la causa que ha dado existencia al ateoismo.

Esa causa es el fastidio.

“Old Poulton amigó, he dudo en el basílis, he dudado en la tecla.”

Júntense todos los filósofos distos, júntense los teólogos, júntense toda la gente que cree en Dios, busquen semejante en el cielo y el mundo, y se hallará el fastidio, y el ateoismo existirá.

Puede ser que alguien crea que estoy sonando, pero yo asuoro que estoy en este instante tan despierto como el que más.

Prueba inconfundible de ello es, que escribo y hasta ahora no conozco el medio de escribir durmiendo.

Tengo un carácter fatal.

El fastidio me hizo tomar la pluma y ya escribe.

Tengo calor y frío, al mismo tiempo, y me asilla la cosa y la rabi, me está deslumbrando la luz y la oscuridad nada me trae, estoy en paz y en guerra contra mí mismo.—Hagamos una sintaxis de todo esto.

Me fastidio.

José Manuel.

BUELOS AYRES.

Cuestión de Méjico.

Contemplador profundo de los desastres que amenazaban de ruina al mundo antiguo, un hombre sabio y virtuoso, Salviati, poseído de una sublime tristeza, no podía contenér sus lamentaciones ante aquél espectáculo terrible, tanto, dice hermoso el dolor en la medida de sus huesos: *«chambantes dolor multitud»*.

No examinamos aquí la cuestión de la guerra de Méjico bajo la faz de la política, de la justicia y del derecho de una civilización ya edificada: tanto en lo que concierne a la parte de la guerra, el interés de una nación llena de intereses, y de cuyos ilustres hechos a que hechos aludido.

El autor posee, no tememos decirlo, el talento de la narración y el de la descripción, en términos de encantar irresistiblemente la atención y la curiosidad del lector.

Y, sin embargo, al cerrar el libro, todo pensador juicio, y especialmente el que lo visitado el teatro de tan maravillosos hechos, no puede desprenderse de un sentimiento de tristeza, al considerar cual podría haber sido la suerte del Perú, si sus primeros vínculos con el mundo antiguo hubiesen fundado en los principios de la verdadera doctrina evangélica, en una política justa y tolerante, en el respeto del derecho de jure, y en las justas y piedad de la filantropía universal, deidades sagrados, que tanto veces han hallado en todas las partes del mundo el fanatismo, la ambición y la ignorancia.

Jose Joaquín de Mora.

El fastidio.

Si fuera Ingles, diría que tengo spiem.

serena la atmósfera, devolviendo á los cielos su limpieza y su hermosura.

Una noche entera, cuya misión de grande iniciadora en la esfera del pensamiento constituyó su más glorioso triunfo, la Francia, ha sucedido en esas revoluciones sobre la frente de los pueblos más altos, la palma triunfante de los ideales que representaban, concretando en un momento para siempre memorable y espeluznante sobre el mundo como un torrente de vencedora luz, los principios sagrados que servirán de eterno fundamento.

—Es el principio de la esperanza.—Era el principio de la desesperación.

Es encontrarlo prematuramente en el infarto.

Acabo de decir una mentira, porque indudablemente el infarto debe ser más alegre que esto mundo cuando nos ataca el fastidio.

Y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros,

gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alcances que es imposible desconocer, a menudo de luceros sordos al convencimiento de los innumerablescuerpos de la conveniencia y la política.

La intervención de la Francia en Méjico se ha dicho, y es la verdad, importa una amenaza para toda la América. No son cierto las miserables cuestiones de plata, esas eternas exigencias por indemnizaciones pecunias, las que han llevado a Napoleón, a lanzarse fulgurante á la tierra de Andalucía. Por mas que el espíritu permanezca encuadrado en sus misterios, sus agentes han dirigido lo hasta para robarle la cuna.

El esfuerzo gigante y bizarro de la fraterna nación, tanto más admirable como parece que la inspección que la llevó á tentar no se habla en armas, y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alcances que es imposible desconocer, a menudo de luceros sordos al convencimiento de los innumerablescuerpos de la conveniencia y la política.

La intervención de la Francia en Méjico se ha dicho, y es la verdad, importa una amenaza para toda la América. No son cierto las miserables cuestiones de plata, esas eternas exigencias por indemnizaciones pecunias, las que han llevado a Napoleón, a lanzarse fulgurante á la tierra de Andalucía. Por mas que el espíritu permanezca encuadrado en sus misterios, sus agentes han dirigido lo hasta para robarle la cuna.

El esfuerzo gigante y bizarro de la fraterna nación, tanto más admirable como parece que la inspección que la llevó á tentar no se habla en armas, y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alcances que es imposible desconocer, a menudo de luceros sordos al convencimiento de los innumerablescuerpos de la conveniencia y la política.

La intervención de la Francia en Méjico se ha dicho, y es la verdad, importa una amenaza para toda la América. No son cierto las miserables cuestiones de plata, esas eternas exigencias por indemnizaciones pecunias, las que han llevado a Napoleón, a lanzarse fulgurante á la tierra de Andalucía. Por mas que el espíritu permanezca encuadrado en sus misterios, sus agentes han dirigido lo hasta para robarle la cuna.

El esfuerzo gigante y bizarro de la fraterna nación, tanto más admirable como parece que la inspección que la llevó á tentar no se habla en armas, y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alcances que es imposible desconocer, a menudo de luceros sordos al convencimiento de los innumerablescuerpos de la conveniencia y la política.

La intervención de la Francia en Méjico se ha dicho, y es la verdad, importa una amenaza para toda la América. No son cierto las miserables cuestiones de plata, esas eternas exigencias por indemnizaciones pecunias, las que han llevado a Napoleón, a lanzarse fulgurante á la tierra de Andalucía. Por mas que el espíritu permanezca encuadrado en sus misterios, sus agentes han dirigido lo hasta para robarle la cuna.

El esfuerzo gigante y bizarro de la fraterna nación, tanto más admirable como parece que la inspección que la llevó á tentar no se habla en armas, y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alcances que es imposible desconocer, a menudo de luceros sordos al convencimiento de los innumerablescuerpos de la conveniencia y la política.

La intervención de la Francia en Méjico se ha dicho, y es la verdad, importa una amenaza para toda la América. No son cierto las miserables cuestiones de plata, esas eternas exigencias por indemnizaciones pecunias, las que han llevado a Napoleón, a lanzarse fulgurante á la tierra de Andalucía. Por mas que el espíritu permanezca encuadrado en sus misterios, sus agentes han dirigido lo hasta para robarle la cuna.

El esfuerzo gigante y bizarro de la fraterna nación, tanto más admirable como parece que la inspección que la llevó á tentar no se habla en armas, y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alcances que es imposible desconocer, a menudo de luceros sordos al convencimiento de los innumerablescuerpos de la conveniencia y la política.

La intervención de la Francia en Méjico se ha dicho, y es la verdad, importa una amenaza para toda la América. No son cierto las miserables cuestiones de plata, esas eternas exigencias por indemnizaciones pecunias, las que han llevado a Napoleón, a lanzarse fulgurante á la tierra de Andalucía. Por mas que el espíritu permanezca encuadrado en sus misterios, sus agentes han dirigido lo hasta para robarle la cuna.

El esfuerzo gigante y bizarro de la fraterna nación, tanto más admirable como parece que la inspección que la llevó á tentar no se habla en armas, y ciertamente, en aquél hay variedad de escenas, hay gritos, lloros, gemidos, brujas, diablos y diablos que diversientan a los espíritus;

nosotros que el que sea fastidio, se haya como un gallo en un jaulón cerrado,

en donde se revuelve vanamente sin poder salir de él.

No hay ningún verdugo tan odioso como el fastidio.

Un argentino.

Además, para los americanos no es la cuestión de Méjico una cuestión de pura sentimiento de simpatía fraternal. Ella tiene alc

